

# JORGE ABELARDO RAMOS COMO PUBLICISTA DEL DIARIO DEMOCRACIA (1951-1955). APUNTES PARA LA REFLEXIÓN SOBRE LAS “REVOLUCIONES NACIONALES”

MARCELO SUMMO

summomarcelo@yahoo.com.ar

msummo@untref.edu.ar

*Universidad Nacional de Tres de Febrero*

*Instituto de Estudios Históricos*

Argentina

## *Resumen:*

El trabajo se propone analizar la matriz intelectual que construyó Jorge Abelardo Ramos para pensar la realidad de América Latina y el proceso histórico en el cual se inscribe. Sus objetivos específicos son los de explorar sus interpretaciones en torno a las políticas de las potencias, las “revoluciones nacionales” y la problemática cultural en las colonias y “semicolonias” que componen la región. Para ello, nos centramos en el análisis de sus artículos publicados en *Democracia* entre diciembre de 1951 y septiembre de 1955.

La hipótesis que postulamos sostiene que el autor irá pensando estos problemas en paralelo al del peronismo, a la vez que ajustando o modificando sus interpretaciones, en la medida en que varíe su orientación política frente a las diferentes coyunturas.

En cuanto a su enfoque, el estudio presta especial atención a las encarnaduras temporales de ciertas ideas en un intelectual-político y al contexto biográfico del mismo. No nos interesa sólo lo que Ramos piensa, sino que buscamos entender cómo piensa lo que piensa a partir de su localización específica en los campos político e intelectual de la época. En esa línea, intentamos reconstruir una compleja trama en la que un “género menor” como el periodismo ocupa un papel de relevancia.

*Palabras clave:* intelectuales, revoluciones, Marxismo, nacionalismo.

## *Abstract:*

The main purpose of this paper is to analyze the intellectual nature built by Jorge Abelardo Ramos in order to examine the reality of America Latina and its historical process. Our objective is to explore the interpretations regarding to world powers'

policies, the “national revolutions” and the cultural issues of the colonies and semi-colonies that make up the region. To this end, we focus on the analysis of Ramos’ articles published in *Democracia* between December 1951 and September 1955.

Our hypothesis is that he had been thinking of these problematic in parallel to Peronism modifying his interpretations inasmuch as his political direction changed because of the different political junctures.

Regarding to his point of view, this work pays special attention to the temporal context of certain ideas in a political and intellectual way and its bibliographic context. We do not focus on Ramos’ ideas, we try to understand why he thought what he thought taking in account the political and intellectual context in which he was immersed. So, we try to reconstruct a complex storyline in which a “minor genre”, such as journalism, plays a relevant role.

*Keywords:* intellectuals, revolutions, Marxism, nationalism.

## 1. INTRODUCCIÓN

El presente trabajo pretende explorar la matriz teórico-política que construyó Jorge Abelardo Ramos a la hora de interpretar la realidad de América Latina y el proceso histórico en el cual se inscribe. En ese sentido, la indagación se centra en el análisis de sus artículos políticos publicados en el diario *Democracia* entre los meses de diciembre de 1951 y septiembre de 1955. Por ello, el alcance temporal del trabajo se encuentra demarcado por su labor como publicista de dicho matutino, la cual coincide —casi estrictamente— con el desarrollo del segundo mandato presidencial de Juan Domingo Perón.

Cómo piensa el problema de la Nación es la pregunta central que orienta la investigación. En esa línea, la hipótesis que postulamos sostiene que no cuenta con una teoría acabada al respecto, sino, más bien, con un conjunto de aproximaciones interpretativas las cuales, la mayoría de las veces, aparecen en sus textos bajo la forma de una tensión teórica. Esta obedece a las complicaciones que le acarrea el tener que dar una respuesta política frente al peronismo desde el momento de su irrupción, la cual debía ser justificada y apuntalada en el plano de lo teórico. Por ello, Ramos pensó el problema de la Nación en paralelo al del peronismo, a la vez que fue ajustando o modificando sus interpretaciones al respecto en la medida en que variaba su orientación política frente a las diferentes coyunturas. Entre los propósitos específicos del estudio se encuentran los de explorar sus lecturas en torno a las políticas de

las potencias, las “revoluciones nacionales”, y la problemática cultural en las colonias y “semicolonias” que componen el subcontinente.

La literatura se ha ocupado de estudiar la matriz que desarrolló Ramos para pensar la realidad de América Latina y el problema de la Nación posicionándose *a priori* en sus interpretaciones según afinidad o antipatía con respecto a él en tanto personaje político<sup>1</sup>. Es a partir de investigaciones más recientes, referidas al análisis de diferentes aspectos del campo intelectual argentino en diversos períodos históricos, que se plantean nuevos enfoques explicativos<sup>2</sup>. Retomando unos y otros aportes se intenta profundizar en un aspecto muy poco explorado de la vida política e intelectual de nuestro autor: el que se refiere a su faceta como publicista de un periódico peronista<sup>3</sup>. Al respecto,

<sup>1</sup> Nos referimos a trabajos escritos desde una perspectiva militante, los cuales, por lo general, han tendido a sobrevalorar o infravalorar la labor intelectual de Ramos. No obstante ello, consideramos que, en tanto fuentes, tales estudios resultan de importancia; puesto que aportan información o reflexiones sobre todos aquellos temas “menores” que habitualmente quedan fuera de las historias tradicionales: datos biográficos, influencias intelectuales, itinerarios políticos, vínculos con otras figuras, etc. Al respecto, pueden consultarse entre los escritos que responden a esta tendencia: NORBERTO GALASSO, *La Izquierda Nacional y el FIP*, Buenos Aires, CEAL, 1983 y *Aportes críticos para una historia de la Izquierda en la Argentina*, ts. 1 y 2, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2007; JORGE E. SPILIMBERGO, *El socialismo en la Argentina*, ts. 1 y 2, Buenos Aires, Octubre, 1974; ENRIQUE RIVERA, *El socialismo y la Revolución Nacional*, Córdoba, Patria Grande, 1971. Por otra parte, entre los que comparten la segunda orientación, se encuentran textos como los de ERNESTO GONZALEZ (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, ts. 1 y 2, Buenos Aires, Antídoto, 1995 y OSVALDO COGGIOLA, *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, Razón y Revolución, 2006.

<sup>2</sup> Se trata de trabajos académicos que tienden a pensar a los actores intelectuales como constituidos por una coyuntura histórica, por una colocación institucional y social y por una discursividad. Los mismos, prestan críticamente atención a los núcleos ideológicos conformados en el campo cultural del país y a la articulación de éstos con ciertas prácticas sociales, la cual produce efectos ampliados de cultura. Al respecto véanse OSCAR TERÁN, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993; SILVIA SIGAL, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; CARLOS ALTAMIRANO, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001; HORACIO TARCUS, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi Milciades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996.

<sup>3</sup> No hemos encontrado trabajos académicos que se refieran a la faceta publicística de Ramos, por ende, consideramos que existe un vacío historiográfico al respecto. Los estudios en que se analizan desde esa perspectiva diferentes momentos de su trayectoria intelectual, se centran más que nada en su producción como historiador. Al respecto, véanse FERNANDO DEVOTO, “Reflexiones en torno de la izquierda nacional y la historiografía argentina”, en: FERNANDO DEVOTO y NORA PAGANO (eds.), *La historiografía académica y la historiografía militante en Argentina y Uruguay*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 107-131; TULIO HALPERÍN DONGHI,

consideramos que su alineamiento en esa etapa con el peronismo, expresado en una política de “apoyo crítico” a través de su desempeño en *Democracia*, no puede interpretarse como una ruptura con la tradición marxista en general y trotskista en particular, sino que debe entenderse como la consolidación de una transición intelectual iniciada un tiempo antes en un autor portador de esa adscripción ideológica que, a la vez, se sitúa en la tradición de la que proviene para criticarla. En la medida en que la crítica va acumulando nuevos elementos teóricos y revisando y resignificando viejos, a la vez que transitando un camino intelectual que lo conduce paulatinamente a imbricar en una misma matriz marxismo y nacionalismo y, consecuentemente a la construcción, junto a otros autores, de una nueva tradición. La transición en cuestión se cierra en el año 1957 con la publicación de *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, la gran obra de madurez de Ramos<sup>4</sup>. En ella nos encontramos con un autor ya portador de una matriz de análisis definida y original, elaborada y ajustada a

---

*El revisionismo histórico argentino como visión decadentista de la historia nacional*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 11-45; ALTAMIRANO, *op. cit.* y SIGAL, *op. cit.*

<sup>4</sup> El panorama político nacional cambiaría completamente en los años que siguieron a la caída de Perón, y esos cambios no podían dejar de reflejarse en las interpretaciones del peronismo surgidas en el seno de las izquierdas del país. En ese sentido, Ramos no sería una excepción. En *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, su obra más conocida e influyente, reexaminando fundamentalmente sus interpretaciones de *América Latina: Un país*, realizaría una revisión en clave ensayística de la historia nacional, la cual lo conduciría a una reinterpretación del peronismo incluyendo nuevas aportaciones. En primer lugar, dejaba de verlo como un solo fenómeno: el régimen peronista, para comenzar a pensarlo a partir de un análisis más profundo de sus distintos componentes: Perón, Eva, el Partido Peronista, la burocracia, la CGT, los sindicatos, las masas, los intelectuales que lo apoyaban, a los cuales ahora les asignaba cierta autonomía. Por otra parte, merece también destacarse la revalorización del Ejército nacional (fundamentalmente la rama de tierra de origen plebeyo), el cual ya no era interpretado como la expresión política de la burguesía industrial del país o como *el respaldo burgués de Perón* (*Octubre 2, América Latina: Un país*, p. 193), sino como un agente clave en el proceso de construcción de la nación, portador además de una política propia e independiente. No en vano quizás, los héroes modernos de su narración son militares (Roca y Perón). En el nuevo contexto, tal reinterpretación estaba destinada políticamente a fomentar un pensamiento nacional y continentalista en el Ejército y a reconstruir los vínculos entre los militares y los sectores populares que habían florecido durante la administración peronista, los cuales se encontraban erosionados desde los bombardeos a Plaza de Mayo, el derrocamiento de Perón, la intervención de los sindicatos y la represión de la actividad gremial perpetrada por la Revolución Libertadora. Al respecto, véase JORGE A. RAMOS, “El origen popular del Ejército argentino”, en: *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amé- rindia, 1957, pp. 239-241. Respecto de los cambios en su interpretación del peronismo, véase SAMUEL AMARAL, “Peronismo y marxismo: La cuestión nacional en la Argentina (1946-1976)”, Mimeo-grafía, 2005.

partir de las diferentes lecturas, debates y experiencias políticas que lo interpellaron a lo largo de aquellos años.

En cuanto a su enfoque, el trabajo presta una atención especial a las encarnaduras temporales de ciertas ideas en un intelectual –a la vez productor, difusor y organizador cultural– y al contexto biográfico del mismo<sup>5</sup>. A partir del trabajo con las ideas y, a la vez, el intelectual en tanto sujeto, se intenta reconstruir una compleja trama en la que un “género menor” como el periodismo ocupa un papel de relevancia. En ese sentido, el énfasis del análisis no está puesto en los “grandes textos” de Ramos, sino en un conjunto de artículos publicados por él en un medio de comunicación masivo, entendidos como derivaciones –a manera de estribaciones laterales– de un enfoque cargado de núcleos problemáticos definidos. Creemos que allí se hallan los matices más reveladores de su pensamiento en lo que concierne a la temática de América Latina y el problema de la Nación.

## 2. UN DIARIO OFICIALISTA Y UN PUBLICISTA MARXISTA EN EL CONTEXTO DEL PERONISMO CLÁSICO

El diario *Democracia* comenzó a publicarse el 3 de diciembre de 1945 en un contexto demarcado por los inicios de la campaña presidencial que terminaría por colocar a Perón como primer mandatario nacional tras su triunfo en las elecciones del 24 de febrero de 1946. Durante la misma se desempeñó como uno de los escasos periódicos que apoyaban de manera independiente la candidatura del coronel en ascenso difundiendo su ideario frente al resto de la prensa escrita que sostenía –tácita o explícitamente– los postulados de la Unión Democrática. En ese marco, utilizó gran parte del espacio de sus informes para combatir la imagen de Perón como nazi fomentada por sus opositores y criticó duramente al comunismo y el socialismo<sup>6</sup>. Tras sostener también desde una perspectiva independiente los primeros meses de la gestión Perón-Quijano, fue vendido a la empresa estatal ALEA SA en diciembre de 1946 por estar sufriendo un quebranto económico. Dicha operación constituyó el punto

<sup>5</sup> HORACIO TARCUS, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de San. uel Glusberg*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2001, pp. 7-8.

<sup>6</sup> Las polémicas de *Democracia* en este período con medios como *La Vanguardia* y *La Hora* dan cuenta de lo afirmado. Al respecto véase MIRIAM PELAZAS, “Democracia en los albores de peronismo”, ponencia presentada en las XI<sup>o</sup> Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia Tucumán 19 al 22 de Septiembre 2007, pp. 7, 15.

de partida de un acelerado proceso de concentración de medios en manos del gobierno, el cual tuvo como punto máximo de inflexión la expropiación de *La Prensa* el 12 de abril de 1951 y su posterior traspaso a la Confederación General del Trabajo y al Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines. Con las sucesivas adquisiciones, las informaciones periodísticas comenzaron a experimentar un vuelco notable en el país. Los medios absorbidos por el aparato gubernamental se convirtieron rápidamente en fervientes defensores del gobierno, en tanto que muchas otras empresas periodísticas se llamaron a silencio ante el creciente temor de tener que transitar el mismo camino andado por los ahora medios oficialistas<sup>7</sup>.

La carrera de ALEA SA se inició precisamente con la compra por parte del Estado de *Democracia* y su editorial. Su primer Presidente fue Carlos Aloé (gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1952 y 1955) quien en sus primeros tiempos la condujo en sociedad con Miguel Miranda que aportó fondos para la operación. La compra del diario habría tenido que ver con la intención de Eva Perón de contar con un medio que le sirviera de contacto directo con los “descamisados”, rol que a su criterio no podían cumplir *La Época* –cuyo propietario era el yrigoyenista Eduardo Colom– ni *El Laborista* que contaba con un perfil muy obrerista, como así tampoco *El Líder*<sup>8</sup>.

A partir de su venta a ALEA SA, *Democracia* dejó entonces de ser un medio que apoyaba en forma independiente la política de Perón para pasar a convertirse en el periódico de “la Reina de los trabajadores”. Más adelante pasó a ser conocido como el matutino en el que el Presidente de la República tenía su propia columna. Ligada a la por aquel entonces recientemente creada Subsecretaría de Informaciones, ALEA SA llegaría a editar, además de una gran cantidad de diarios, más de cien quincenarios, semanarios y revistas, y todas las piezas de propaganda del Partido Peronista. Bajo su órbita, además de *Democracia*, se editaban los también oficialistas *El Laborista* y *El Líder* fundados en 1946, los cuales conformarían, junto al primero, el “núcleo duro” de la prensa escrita peronista de circulación masiva. A partir de 1949, en un contexto de polarización política, el régimen comenzó a modificar paulatinamente su línea comunicacional y su estrategia hacia la oposición, recurriendo

<sup>7</sup> Además de la prensa política de la oposición partidaria al régimen, *La Prensa* (hasta su expropiación) y *La Nación* quedarían prácticamente como los dos únicos periódicos de circulación nacional cuyas voces desentonaban con la homogeneidad informativa que intentaba imponer la gestión de gobierno. Véase PABLO SIRVÉN, *Perón y los medios de comunicación*. Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 71-73.

<sup>8</sup> SIRVÉN, *ibidem*, p. 85.

a todos los medios a su alcance para dividir al sistema político en dos bloques: por un lado el leal al gobierno y, por el otro, el antiperonista<sup>9</sup>. En este marco, los medios en manos del peronismo arremetieron cultural y políticamente contra las fuerzas de oposición, ya sea operando como tribunas del oficialismo en la batalla de ideas, o directamente como herramientas de ridiculización o demonización de sus contendientes. Las elecciones nacionales previstas para fines de 1951 contribuyeron aún más a endurecer la complicada situación nacional, en la medida en que ofrecían a la oposición la posibilidad de capitalizar políticamente el nuevo escenario. En ese contexto, Perón comenzaría a confundir cada vez más su rol de jefe de Estado —que se mantiene supuestamente por encima de todos los partidos— con el de promotor partidario, dividiendo las aguas políticas en la perspectiva de convencer a quienes todavía no habían tomado partido en favor de su gobierno y de su persona. En esa coyuntura caracterizada a nivel nacional por un alto nivel de confrontación y de discusión política e ideológica, Jorge Abelardo Ramos comenzó a trabajar como publicista de *Democracia* un mes después de celebrado el acto comicial.

Bajo el seudónimo de Víctor Almagro, publicó en ese medio regularmente, casi a diario, sus artículos entre los días 26 de diciembre de 1951 y 14 de septiembre de 1955. Los mismos aparecerían por lo general en primera plana, en la parte inferior izquierda del periódico y compartirían cartel con otros que semanalmente suscribía un tal Descartes, que no era otro que el mismo Presidente de la República. Bajo ese seudónimo Perón publicó, por lo general semanalmente, sus trabajos también en primera plana, pero en la parte superior de la misma, arriba y a la derecha de los de Ramos. Esto constituía toda una metáfora gráfica que daba cuenta estrictamente de la relación política entre ambos y del lugar ocupado por Ramos en el matutino.

Como consecuencia del cambio de situación descripto, Perón comenzó a escribir asiduamente para el periódico meses antes del arribo del intelectual marxista, para pasar a retirarse más adelante por cuestiones estratégicas en un momento en que el régimen intentaba mostrar, frente a la oposición interna y a los Estados Unidos, cierto nivel de acercamiento y distensión política. Su primer artículo apareció el 24 de enero de 1951 casi ni bien iniciado el año electoral, mientras que el último hizo lo propio el 30 de julio de 1953. Por lo expuesto, creemos que no puede soslayarse el hecho de que tanto Perón como Ramos comenzaron a colaborar en *Democracia* en un momento en el que el régimen peronista pretendía relanzar la propagandizada “revolución nacional”

<sup>9</sup> Véase PETER WALDMANN, *El Peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1981, p. 235.

que decía estar llevando adelante desde 1946<sup>10</sup>, la cual era emparentada, desde una perspectiva antiimperialista, histórica y políticamente con otros procesos que se estaban sucediendo también en la periferia del planeta, tales como los de Bolivia y Egipto. Ambos seguidos con mucha atención por el régimen, el diario y nuestros autores, quienes encontraban muchas similitudes entre dichas situaciones y la nacional. En ese sentido, tanto uno como el otro se ocuparían de difundir en el matutino sus interpretaciones respecto a estos temas, otorgándoles una relevancia significativa en tanto luchas por la autonomía y la libre determinación de ambos países frente a las potencias.

El año 1951 resultó clave tanto para dicho relanzamiento, como para la continuidad del peronismo en el poder ya que, en tanto fuerza política gobernante, este fue puesto a prueba en las votaciones del 11 de noviembre. En estas el régimen alcanzó una aplastante victoria sobre la oposición, lo cual le permitió a Perón comenzar con su segundo mandato presidencial en 1952.

Con la llegada a la dirección de *Democracia* un mes antes de las elecciones del amigo personal de Perón, el periodista Américo Barrios, se operaron, al interior del diario, importantes cambios. Entre otros, el de colocar un colaborador propio en el extranjero. Al respecto, cabe destacar que existían coincidencias muy profundas entre las políticas articuladas desde la Subsecretaría de Informaciones y las de los medios de prensa oficialistas; al punto de que hasta podría hablarse de un trabajo en conjunto. En ese sentido, no puede soslayarse el hecho de que a mediados de 1951, a partir del giro político del régimen, las embajadas argentinas en el extranjero lanzaron una política agresiva de difusión de las bondades del mismo e incorporaron, en consecuencia, a su estructura interna una suerte de unidad básica definida por la propia Subsecretaría como "sindicato intelectual y de trabajo"<sup>11</sup>, en las cuales prestaron servicio muchos periodistas e intelectuales. En ese marco, el puesto de colaborador en el extranjero de *Democracia* fue precisamente cubierto por Ramos, quien se incorporó al diario estando de viaje por Europa<sup>12</sup> a partir de gestiones que realizó su padre frente a Raúl Apold, con quien tenía contacto personal. Ramos se desempeñó como tal desde su ingreso al matutino hasta su

<sup>10</sup> Al respecto véase DESCARTES, "Para el Justicialismo sólo debe haber continuidad revolucionaria", en: *Democracia*, 26 de agosto de 1951, p. 1. Cabe señalar además que en 1951-1952 la doctrina particular del movimiento justicialista sería declarada por el gobierno Doctrina Nacional.

<sup>11</sup> Véase SIRVÉN, *op. cit.*, p. 127.

<sup>12</sup> Los artículos de Ramos como colaborador de *Democracia* en el extranjero aparecerían regularmente escritos desde París o, esporádicamente, desde Roma o Túnez.

vuelta al país en junio de 1955, desde donde siguió escribiendo para el mismo hasta el estallido del golpe de septiembre del mismo año.

Por lo general, Perón y Ramos fueron los únicos columnistas de *Democracia* que publicaron con firma sus escritos, compartiendo en diferentes momentos preocupaciones temáticas tales como la política de las grandes potencias; las perspectivas de una unión sudamericana en base al eje Argentina, Brasil y Chile; el papel de los ejércitos en las sociedades periféricas; el rol de la Iglesia; la prensa y los intelectuales en las mismas, y el escenario interno y externo en que le tocaba hacer política al gobierno peronista. Esto se relacionaba directamente con el lugar que ocuparía nuestro autor al interior del diario y con la función que allí desempeñaría: básicamente, apoyar desde una perspectiva de izquierda a todas las “revoluciones nacionales” que acaecían en las colonias y “semicolonias” del mundo, entre ellas “la peronista”, cumpliendo el papel de agitador antiimperialista y de detractor político de los partidos socialistas y comunistas –tanto locales como foráneos–, entendidos como aliados estratégicos de las potencias y, en consecuencia, como enemigos irreconciliables de aquellas<sup>13</sup>.

Durante su desempeño en *Democracia* Ramos escribiría una importantísima cantidad de artículos destinados a atacar a comunistas y socialistas. En lo que concierne al caso particular argentino, se dedicaría a estigmatizarlos fundamentalmente por sus posiciones esgrimidas antes y después de la llegada de Perón al poder. Al colocar a ambas corrientes en el campo “antinacional” y “cipayo” su mirada sobre la izquierda tradicional local era unilateral y no distinguía matices. Resulta interesante el hecho de que muchas veces, al referirse a ambas agrupaciones y sus aliados, Ramos utilizase un lenguaje similar, e incluso más duro que el del propio gobierno, por ejemplo cuando los calificaba de “agitadores rentados” al servicio del imperialismo. En ese punto llegaba incluso más lejos que el régimen, puesto que ni siquiera les reconocía el status de militantes políticos confesos y convencidos, sino que los colocaba de manera reduccionista y maniquea en el lugar de actores pagos al servicio de una política “antinacional”. Probablemente, eso tuvo que ver con su pretensión de posicionarse al interior del campo político como el representante

<sup>13</sup> A modo de ejemplo véanse de VÍCTOR ALMAGRO, “Para el socialismo era vicio político la lucha antiimperialista”, en: *Democracia*, 27 de setiembre de 1954; p. 1; “Codovilla cubría con el pabellón izquierdista la política del imperialismo”, en: *Democracia*, 28 de octubre de 1954; p. 1. Como ejemplo, véase VÍCTOR ALMAGRO, “Agitadores rentados participaron en el “maquis” proimperialista de 1945”, en: *Democracia*, 19 de setiembre de 1954, p. 1.

de la corriente de izquierda más consecuente en la defensa de la “revolución nacional” peronista, intentando así opacar a sus potenciales competidores en esa línea<sup>14</sup>.

El ingreso de Ramos a *Democracia* representaba una especie de “matrimonio de razón” entre este y el peronismo en la medida en que le otorgaba al primero la oportunidad de publicar en un medio masivo de amplia tirada sus artículos, y de llegar con su discurso a un público mucho mayor y a la vez diferente al que tradicionalmente lo leía<sup>15</sup>, a la vez que le permitía al segundo contar con una pluma aliada más que creativa en sus disputas con las potencias y la izquierda tradicional.

En un contexto en donde la “revolución nacional peronista” se estaba relanzando, el ingreso de Ramos a *Democracia* le otorgaba a ese medio un sesgo marxista particular que, a su vez, le brindaba al régimen, aparentemente, la doble ventaja de debilitar a la oposición socialista y comunista al gobierno y de servir como aldabonazo en las puertas de los sectores oficialistas más burocratizados, apoltronados en la comodidad de sus puestos.

A partir de su colaboración en un medio adscripto al régimen, a casi dos años de publicado su primer libro *América Latina: Un país*, comenzaba así a consolidarse en el joven Ramos una transición intelectual iniciada en noviembre de 1946 con sus escritos aparecidos en el segundo número de la revista *Octubre* referidos al naciente peronismo. El camino a transitar a partir de allí lo conduciría, entre otras cosas, a profundizar la imbricación de una manera cada vez más flexible elementos de marxismo y nacionalismo en una misma matriz intelectual.

### 3. “IMPERIALISMO” Y “REVOLUCIONES NACIONALES”

#### 3. 1. La unidad latinoamericana

Como publicista del matutino, Ramos volvió sobre temas abordados antes de su ingreso al diario, pero pronunciándose de una manera diferente para

<sup>14</sup> Como ejemplo, véase VÍCTOR ALMAGRO, “Agitadores rentados participaron en el «maquis» proimperialista de 1945”, en: *Democracia*, 19 de setiembre de 1954, p. 1.

<sup>15</sup> Nos referimos fundamentalmente a los seguidores de Perón, en especial a los que se congregaban en los sindicatos, pero también a las viejas y nuevas clases medias que la implementación del modelo de sustitución de importaciones había contribuido a expandir.

desplazarse en un sentido contrario. Veamos algunas de sus interpretaciones sobre la situación latinoamericana:

Después de un siglo de hablarse, escribirse y divulgarse universalmente la idea de que en América Latina existen veinte naciones diferentes, parece pueril o titánico propagar la sencilla y honesta idea de que en América latina no existen esas veinte naciones sino, en realidad, veinte provincias que no han logrado unirse aún<sup>16</sup>.

Como se observa, retomó el problema de la “balcanización imperialista”<sup>17</sup> del subcontinente y la consecuente necesidad de su unificación, pero ahora, a diferencia de lo expresado años atrás en *Octubre 5* y en *América Latina: Un país*, sin definirse en términos de la forma final que esta debería tener. Así como en la revista, bajo el seudónimo de Jacinto Almada, había expresado la necesidad de “la fusión económica y política de los veinte Estados actuales en una sola gran nación”<sup>18</sup>, y había argumentado en el libro que “la creación de un estado único en América Latina ha alcanzado conciencia teórica solamente en nuestros días”<sup>19</sup>, en el diario planteaba que “la revolución nacional latinoamericana tiende a la unificación de los actuales estados en una Federación o Confederación”<sup>20</sup>. Conviene detenerse en este punto puesto que las diferencias entre una unión de tipo federativo y otra de carácter confederal no son menores. En una federación, el poder estatal se divide entre una autoridad central y las autoridades regionales, que no se encuentran subordinadas a la primera, sino coordinadas con ella. Se trata de una auténtica asociación entre Estados en la que tanto el federal general, como los Estados federados tienen una esfera propia (que corresponde respectivamente a los intereses comunes y a los propios de cada estado federado) de soberanía. Los poderes son soberanos,

<sup>16</sup> VICTOR ALMAGRO, “El imperialismo no alcanza a ver el ideal unionista de Latinoamérica”, en: *Democracia*, 28 de abril de 1954, p. 1.

<sup>17</sup> El término “balcanización”, derivado de la división de los territorios que habían pertenecido al imperio turco en varios estados pequeños e independientes, todavía conserva su connotación negativa. En la época en que Ramos escribe, pertenecía además al vocabulario de los insultos políticos tanto de marxistas como de nacionalistas. Véase ERIC HOBBSBAWM, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1990, p. 40.

<sup>18</sup> JACINTO ALMADA, “El talón de hierro se levanta sobre la URSS”, en: *Octubre 5*, año II, 2ª época, noviembre de 1947.

<sup>19</sup> JORGE A. RAMOS, *América Latina: Un país*, Buenos Aires, Octubre, 1949, p. 22.

<sup>20</sup> VICTOR ALMAGRO, “El imperialismo estimula toda actividad para balcanizar el continente”, en: *Democracia*, 12 de mayo de 1954, p. 1.

distintivos y coordinados. Asimismo, la unión federativa difiere totalmente de las simples confederaciones, ligas o alianzas entre estados en las cuales, aún cuando exista un órgano común, este se subordina al poder de los Estados confederados o aliados. Allí, independientemente de su extensión territorial o de su importancia demográfica, los Estados confederados se encuentran en una posición de prioridad dentro de la confederación y disponen del mismo derecho de voto en la asamblea confederal (que suele ser el único órgano común entre ellos), constituida por sus representantes. Las deliberaciones de la confederación sirven de vínculo para los Estados miembros, pero para que resulten obligatorias para los ciudadanos es necesario que cada Estado las haga ejecutivas en sus ordenanzas internas.

Las razones de la indefinición de Ramos al respecto tenían que ver con sus opciones políticas de ese momento y con los límites que el periódico le imponía a su pluma. Cabe señalar que la política del régimen peronista en torno a este tema resultaba bastante clara, en la medida en que apostaba a una confederación de naciones que, dentro de lo posible, contase con una hegemonía Argentina. En ese sentido, mientras que lo primero se manifestaba en forma explícita a través de hechos, declaraciones y discursos<sup>21</sup>, lo segundo se expresaba implícitamente en las pujas y negociaciones que mantenía con el régimen brasilero, el cual resultaba su principal competidor en términos de la lucha por la hegemonía a nivel regional. Por ello, definirse abiertamente en favor de una federación, seguramente, le hubiese generado a Ramos problemas con la dirección del diario. Este se expresaba, entonces, a favor de toda medida tomada por el gobierno que fuese en el sentido de la unidad regional, deslizándose tímidamente la posibilidad de una federación ulterior, pero sin agitar políticamente en favor de esta<sup>22</sup>. La ambigüedad al respecto se mantuvo por lo general a lo largo de todo el período en que duró su colaboración en *Democracia*, y se volvió a pronunciar abierta y claramente a favor de una federación, una vez caído el régimen de Perón. No obstante esto, en algunos de

<sup>21</sup> La unión aduanera con Chile y el Tratado firmado con Bolivia, resultaban ejemplos concretos en ese sentido, como así también las múltiples declaraciones de Perón y sus funcionarios y las columnas escritas por Descartes al respecto. Véanse DESCARTES, "Confederaciones Continentales", en: *Democracia*, 20 de diciembre de 1951, p. 1 y "Algo más sobre Confederaciones Continentales", en: *Democracia*, 24 de enero de 1952, p. 1.

<sup>22</sup> A diferencia del período anterior (*Octubre, América Latina: Un país*), Ramos expresaba ahora su orientación de "apoyo crítico" al peronismo desde las páginas del principal periódico oficialista de circulación masiva, lo cual implicaba en los hechos un nivel de compromiso mucho mayor de éste con ese movimiento y con el régimen.

sus artículos más apologeticos del gobierno, se expresó circunstancialmente de la siguiente manera: “La formación de una Confederación Sudamericana que arrancará de un agrupamiento regional de los Estados del Sur posee tal riqueza de posibilidades económicas y políticas que no será posible en una simple nota sino aludirlas”<sup>23</sup>.

Allí, además de reivindicar la figura y la propuesta de unidad regional de Descartes (Perón), hablaba de la irrupción de una “hora de América Latina” y saludaba los logros de la administración nacional en el sentido del armado de un entrelazamiento económico entre Argentina, Brasil y Chile. Las oscilaciones de Ramos al respecto resultaban de índole coyuntural y obedecían a cierta lógica política. En la medida en que el gobierno resultaba exitoso en la implementación de su orientación, este se dedicaba a ensalzarlo y a agitar en favor de una profundización de la unidad regional, mientras que en los momentos en que no se registraban avances en ese sentido se permitía sugerir la idea de una federación ulterior sin impugnar la opción confederativa.

Plantearse la unificación de Latinoamérica implicaba preguntarse por quién o quiénes conducirían y llevarían adelante ese proceso. En este punto, encontramos en los artículos de nuestro autor matices relevantes. Mientras que en algunos casos el llamado a la dirección obrera como garantía final de la unificación es explícito, en otros se nos aparece un cierto nivel de ambigüedad. Veamos cómo interpretaba la dinámica de la unificación para el caso de Brasil: “Sólo la moderna clase trabajadora brasileña podrá realizar hasta el fin la revolución democrática, cuyo más importante capítulo es la incorporación del Brasil a una Confederación de pueblos latinoamericanos”<sup>24</sup>. En ese artículo, para arribar a tal conclusión, analizaba los anclajes de la debilidad de la burguesía brasilera en términos de la realización de su “revolución nacional” y definía a Vargas como el representante político “tímido y vacilante” de sus intereses. Como se observa su lectura abrevaba directamente en el llamamiento de Trotsky al proletariado latinoamericano y no difería en lo sustancial con la caracterización de las burguesías de la región que este proponía: subordinación estructural a las potencias y pusilanimidad política. Pero curiosamente su interpretación al respecto cambiaba a la hora de analizar la situación Argentina:

<sup>23</sup> VICTOR ALMAGRO, “Un editorial de Descartes ha tenido amplia resonancia en Europa”, en: *Democracia*, 07 de enero de 1952, p. 1.

<sup>24</sup> VICTOR ALMAGRO, “Brasil y su incorporación a la Confederación de pueblos latinoamericanos”, en: *Democracia*, 08 de abril de 1954, p. 1.

En el fondo, y ahora también en la forma, los representantes más cínicos del imperialismo norteamericano reconocen que el régimen de Perón y su irradiación continental conduciría, tarde o temprano, a una federación de pueblos latinoamericanos, proyecto de Bolívar y exigencia histórica de los 140 millones de hombres que pueblan el hemisferio [...] El surgimiento de una potencia latinoamericana aportaría un nuevo y decisivo factor a la política mundial<sup>25</sup>.

En ese caso, al plantear como un peligro para las potencias la posible irradiación regional del régimen de Perón, reconocía implícitamente cierta fortaleza a la burguesía argentina y un lugar de liderazgo en ese proceso. Por otra parte, esta era nuevamente presentada como portadora de una política continental que, además, tenía posibilidades de realizarse. Esto representaba un cambio con relación a la interpretación realizada en *América Latina: Un país*, y a la vez, una resolución de la tensión que aparecía tanto allí como en el número 5 de *Octubre*. En este punto, el viraje era importante y, al respecto, cabe señalar que no hemos encontrado en *Democracia* ningún artículo en donde nuestro autor vuelva sobre sus pasos en términos de su interpretación de la burguesía argentina y del papel progresivo del peronismo en la unificación regional. En términos de la unidad subcontinental existían entonces burguesías débiles e inconsecuentes como la brasileña, y fuertes, consecuentes y con vocación continental como la argentina. Aquí encontramos cierta adaptación de Ramos a la política del peronismo en su competencia en pos de la hegemonía al nivel regional, sobre todo con el régimen brasileiro. Esto es así máxime si se tiene en cuenta que el régimen de Perón es el único interpretado como con posibilidad de irradiarse hacia toda Latinoamérica. Por otra parte, también aparecían cambios en lo que respecta a su lectura política de la figura de Perón. En la medida en que este era reivindicado por ciertas realizaciones de gobierno y defendido frente a las supuestas calumnias que vertían sobre su persona las potencias y los intelectuales a su servicio, era presentado como un referente importante del antiimperialismo latinoamericano, y caracterizado como uno de los artífices más consecuentes de la unificación regional:

El nombre de Perón enfría en el acto este "antiimperialismo" ficticio que es sólo la máscara de un cipayismo esencial. Wall Street admitirá cualquier crítica menos un apoyo al antiimperialismo real y no verbal de la Revolución Nacional

<sup>25</sup> VICTOR ALMAGRO, "El imperialismo ataca a Perón porque teme el despertar de Latinoamérica", en: *Democracia*, 03 de mayo de 1953, p. 1.

dirigida por Perón. Como la Argentina constituye por su desarrollo industrial y la potencia de su clase trabajadora un pivote para una eventual federación de estados sudamericanos (y nada hay en el continente que más tema el imperia-lismo) los servidores intelectuales del colonialismo del género de Arciniegas centran el eje de sus ataques en Perón y en el proletariado argentino<sup>26</sup>.

A partir de esta lectura en la que se interpretaban ciertas realizaciones del Presidente argentino y su régimen como manifestaciones cabales de un antiimperialismo “real”, comenzaba a apartarse de lo afirmado con anterioridad en *Octubre y América Latina: Un país*. Allí, bajo el seudónimo de Víctor Guerrero, había sostenido de manera categórica que no se debían: “sembrar ilusiones sobre el «antiimperialismo» de Perón”<sup>27</sup> en las masas obreras del país. Corriéndose entonces de aquella interpretación y acercándose a una valoración cada vez más positiva de Perón y su gobierno, pasaba a reivindicarlos por encontrarlos orientados hacia un nacionalismo antiimperialista de neto corte emancipador: “Es bueno recordar que no es posible confundir el nacionalismo de una nación oprimida con el de una nación opresora, el nacionalismo de Perón con el nacionalismo de Hitler”<sup>28</sup>.

A partir de su temprano posicionamiento en el debate trotskista respecto de la “cuestión nacional” en Argentina<sup>29</sup>, comenzó a primar cada vez con mayor fuerza entre sus consideraciones la idea de que la contradicción fundamental en Latinoamérica operaba entre el “imperialismo” y las naciones oprimidas. En ese sentido, su caracterización del país como “semicolonia” y la consecuente lectura de que las tareas de su revolución eran democráticas y

<sup>26</sup> VÍCTOR ALMAGRO, “Wall Street admite críticas, pero no el apoyo al antiimperialismo real”, en: *Democracia*, 02 de octubre de 1953, p. 1. Como publicista de *Democracia*, Ramos se referiría en varios de sus artículos a Perón caracterizándolo como un político verdaderamente antiimperialista. A modo de ejemplo, véase “El rumor y la calumnia siguen como espectros el avance de los pueblos”, en: *Democracia*, 22 de julio de 1955, p. 1.

<sup>27</sup> VÍCTOR GUERRERO, “La cuestión argentina y el imperialismo yanqui”, en: *Octubre 2*, año II, 2º época, noviembre de 1946” y RAMOS, *América Latina*, cit., p. 179.

<sup>28</sup> VÍCTOR ALMAGRO, “Ya se oyen en todas partes las campanadas de la hora de los pueblos”, en: *Democracia*, 11 de julio de 1953, p. 1.

<sup>29</sup> Este debate fue fundamentalmente protagonizado por Antonio Gallo y Liborio Justo hacia 1938. El mismo se encuentra expuesto con una notable profundidad de análisis en uno de los trabajos de Horacio Tarcus. Para seguir sus avatares y vicisitudes recomendamos remitirse a él. Véase “El debate Gallo-Justo sobre la liberación nacional”, en: HORACIO TARCUS, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, pp. 89-97.

nacionales lo conducían a apoyar tácticamente al peronismo en la medida en que lo consideraba enfrentado coyunturalmente al “imperialismo”. La misma lógica era aplicada al análisis de todos los casos regionales: allí donde existía un movimiento nacional que entrase en relativo conflicto con las potencias, los “verdaderos” revolucionarios socialistas debían sostenerlo “críticamente”. Entendiendo que el objetivo estratégico final era la construcción de los Estados Unidos, Socialistas de América Latina consideraban que la táctica aplicable a su consecución era la del frente único antiimperialista con los movimientos nacionales, manteniendo la independencia política sin integrarse a ellos. De allí que muchas veces se pronunciase en favor de gobiernos tan disímiles en lo político como los de Cárdenas, Villarroel, Paz Estensoro, Ibáñez, Vargas, Arbenz, Arévalo, Albizu Campos o Torrijos sin profundizar en el análisis de las diversas situaciones que controlaban, precisamente por considerarlos a todos como parte de un mismo proceso de “revolución nacional latinoamericana”. Esto, si bien podía sonar relativamente coherente dentro de su horizonte latinoamericanista, resultaba un tanto extraño en un intelectual que proclamaba la necesidad de pensar la región y los países que la integran prestando especial atención a sus propias especificidades.

En sus interpretaciones encontramos entonces una separación tajante y maniquea entre dos tipos de nacionalismos: uno democrático y antiimperialista, y otro reaccionario y proimperialista. La diferencia entre ambos, en términos de significación política, se encontraba en que el primero resultaba progresivo en función de la liberación nacional y la construcción del socialismo, y el segundo retardatario. Colocando a Perón y a Hitler en las antípodas y presentándolos como referentes de cada uno de ellos, articulaba una estrategia argumentativa que pretendía polarizar el campo político entre los que apoyaban la lucha antiimperialista y los que no. Eso le brindaba a la vez la posibilidad de dar una batalla contra la izquierda tradicional —que demonizaba al primero tendiendo a igualarlo con el segundo— por la apropiación de las banderas del antiimperialismo real y consecuente. Por otra parte, la utilización del recurso comparativo aplicado al análisis de la ideología de ambos regímenes y de quienes los personificaban le permitía, en la medida en que uno de ambos había perpetrado un genocidio, resaltar más aún las supuestas virtudes del otro.

### 3.2. La “hora de los pueblos”

La consideración de la cuestión nacional latinoamericana resultaba de una importancia fundamental para Ramos, puesto que de esa tarea se desprendían

para él los lineamientos esenciales para el análisis de los procesos revolucionarios de la región. En ese sentido, se afirmaba en su línea de interpretación realizando un diagnóstico de la situación que había dejado el fin de la reciente conflagración mundial:

La Primera Guerra Mundial concluyó con el triunfo de la Revolución Rusa. El segundo conflicto imperialista ha inaugurado la era de las revoluciones nacionales. Con el ascenso de Estados Unidos al pináculo de su poder mundial se asiste a la declinación de las viejas potencias: al mismo tiempo, el inmenso mundo periférico de las naciones coloniales y semicoloniales se ha lanzado al gran camino de la autodeterminación nacional y social. Esto confiere un carácter nuevo a la política del mundo. En Asia, en África y en América Latina los problemas de la independencia nacional y de la revolución agraria se manifiestan explícitamente en la arena de la política cotidiana. Si en América Latina el derecho a la libre determinación nacional se expresa prácticamente no en la separación de la metrópoli sino en el derecho a unirse contra ella, lo mismo puede decirse de la situación que prevalece en el sudeste asiático, particularmente en la Indochina francesa<sup>30</sup>.

Para él habían cambiado las relaciones de fuerza entre las potencias del mundo, estableciéndose un recambio al nivel de los ganadores y los perdedores. Por otra parte, volvía sobre las ideas de que el capitalismo se encontraba inmerso en una crisis terminal y de que había variado el eje de la revolución mundial ahora establecido en la parte periférica del planeta<sup>31</sup>.

En sintonía con la conceptualización utilizada por Perón, quien también se refirió en *Democracia* a estos procesos, Ramos hablaba en ese sentido de la irrupción de una “hora de los pueblos”<sup>32</sup>. Ambos coincidían en el apoyo político a los gobiernos culturalmente antiliberales de los países periféricos que estaban encarando transformaciones estructurales en el sentido de la mo-

<sup>30</sup> VICTOR ALMAGRO, “Ya se oyen en todas partes las campanadas de la hora de los pueblos”, en: *Democracia*, 11 de julio de 1953, p. 1.

<sup>31</sup> Véase VICTOR ALMAGRO, “En esta hora de los pueblos el ciclo imperialista toca a su fin”, en: *Democracia*, 23 de junio de 1954, p. 1.

<sup>32</sup> Al respecto, véanse de VICTOR ALMAGRO, “Se plantea ahora en la ONU la rebelión de las naciones ‘atrasadas’”, en: *Democracia*, 25 de mayo de 1952, p. 1; “La fuerza de las armas ya no es eficaz en la hora de los pueblos”, en: *Democracia*, 16 de marzo de 1953, p. 1; “Decidirán los destinos del planeta los pueblos en lucha de liberación”, en: *Democracia*, 04 de julio de 1955, p. 1.

dernización y la industrialización de sus respectivos territorios y que, por tal motivo, se veían enfrentados económica y geopolíticamente al dominio “imperialista”, tanto de las potencias capitalistas como de la URSS. No obstante, existían diferencias entre ellos en términos de las interpretaciones y los usos que le daban a dicha idea. Mientras que Perón, sin prácticamente mencionar la reforma agraria, ponía el acento en el aspecto nacional de estos procesos<sup>33</sup>, Ramos agregaba a la interpretación de los mismos su dimensión social, colocando además sutilmente en discusión el régimen de propiedad de la tierra, pero sin aclarar el tipo de reforma agraria al cual se refería. Esto seguramente tenía que ver con las limitaciones que le colocaba un medio peronista como *Democracia* a un intelectual marxista como Ramos. Si bien, como observamos, la posición de este era de “apoyo crítico” a lo que consideraba un proceso de “revolución nacional” que tenía como referente principal a Perón, resulta evidente, como ya se observó, que su pluma no podía expresarse con total libertad en el matutino. Estas limitaciones, junto al consecuente intento por sortearlas, creemos que obligaban a Ramos a hacer un esfuerzo de *aggiornamento* y, a la vez, de traducción de ciertos artículos a un lenguaje asequible para el público lector del diario, lo cual lo conducía muchas veces –voluntaria o involuntariamente– a diluir su orientación de “apoyo crítico” en favor del apoyo liso y llano. Prueba de esto resulta lo escrito en su primer ensayo referido a la temática de América Latina y su problema nacional, aparecido en el periódico a los pocos días de su ingreso como colaborador. En él analizaba la repercusión en Europa de un editorial publicado por Descartes en *Democracia* referido a su propuesta de unidad del subcontinente:

La formación de una Confederación Sudamericana que arrancará de un agrupamiento regional de los Estados del Sur posee tal riqueza de posibilidades económicas y políticas que no será posible en una simple nota sino aludirlas [...] La hora de América Latina ha sonado [...] El destino está aguardando a los pueblos que Descartes despertó con su voz de profeta<sup>34</sup>.

<sup>33</sup> Véase DESCARTES, “La hora de los pueblos”, en: *Democracia*, 25 de octubre de 1951, p. 1.

<sup>34</sup> VICTOR ALMAGRO, “Un editorial de Descartes ha tenido amplia resonancia en Europa”, en: *Democracia*, 07 de enero de 1952, p. 1. El artículo se refería a otro publicado por Descartes pocos días antes de la entrada de Ramos al matutino. Véase DESCARTES, “Confederaciones Continentales”, en: *Democracia*, 20 de diciembre de 1951, p. 1. Días después, Perón volvería a insistir con el tema en cuestión ampliando lo sostenido en su artículo anterior. Véase Des-

El artículo fue publicado en la primera plana abajo de otro sin firma en donde se anunciaba en forma más que entusiasta que Descartes colaboraría de forma permanente en *Democracia* con columnas que aparecerían semanalmente los días jueves. Esa nota resultaba prácticamente una apología de la figura del columnista, ya que se lo presentaba como portador de una visión esclarecida de la realidad mundial y a la vez como quien poseía las soluciones adecuadas para los problemas que esta presentaba. El artículo de Ramos encajaba perfectamente con la orientación que presentaba el periódico en términos de la exaltación de la figura de Descartes y de los principios que este levantaba, alejándolo del lugar de “colaborador independiente” para colocarlo simplemente en el de colaborador. Por otra parte, existían coincidencias importantes entre Ramos y Perón en cuanto a la caracterización de la URSS, en la medida en que ambos, en sintonía con la doctrina de la Tercera Posición peronista, se referían a esta con el rótulo de “imperialismo”, tanto en los artículos en cuestión como en otros. En esa línea, y colocando a la URSS en un mismo plano de nocividad que el resto de las potencias respecto de las “revoluciones nacionales” de Latinoamérica, Ramos se refería a esta en los siguientes términos: “otro rugiente imperialismo nacido en Moscú que avanzando misteriosamente amenaza con «salvarnos» del otro”<sup>35</sup>. En este punto, se nos presenta en el Ramos periodista un desplazamiento importante respecto de sus interpretaciones originales sobre el tema. El mismo obedece a la primacía de una lógica en su actividad intelectual en donde la política ocupaba el lugar central. Esta lo conducía en este caso al abandono de una premisa teórica fundamental para los trotskistas la cual, por otra parte, siguió abonando en su labor como propagandista, ejercida en paralelo por fuera del periódico en la editorial Indoamérica también hasta el golpe de 1955. Como colaborador de *Democracia*, nuestro autor incurría entonces en una especie de desdoblamiento intelectual respecto de su trayectoria anterior. Mientras, por un lado, caracterizaba en el periódico a la URSS como “imperialismo”, por el otro, seguía manteniendo en su faceta de editor la clásica interpretación trotskista de “estado obrero en vías de degeneración burocrática” a la hora de referirse a esa potencia. Como tal, en lo político, esa concepción planteaba, entre otras cosas, la necesidad estratégica de defender irrestrictamente a la URSS frente a cualquier embate de los “imperialismos”, lo cual entraba

---

CARTES, “Algo más sobre Confederaciones Continentales”, en: *Democracia*, 24 de enero de 1952, p. 1.

<sup>35</sup> VICTOR ALMAGRO, “Un editorial de Descartes ha tenido amplia resonancia en Europa”, en: *Democracia*, 07 de enero de 1952, p. 1.

en franca contradicción con la orientación adoptada al respecto por Ramos como publicista de *Democracia*. En esos años, la convivencia en su matriz intelectual de dos interpretaciones opuestas en torno a una misma cuestión se encontraba indisolublemente ligada a sus elecciones políticas en términos de estrategias y tácticas. Para poder “apoyar críticamente” las “revoluciones nacionales” en un diario peronista, debía pagar el precio de dejar de lado ciertas caracterizaciones y cierto vocabulario referenciados en el marxismo más duro. En ese sentido, no dudaba en aceptar ese límite al momento de optar, puesto que subordinaba tácticamente esas concesiones a la consecución de un objetivo estratégico de mayor envergadura: la unidad latinoamericana bajo las banderas del socialismo.

Como observamos, la situación abierta a nivel mundial a partir de 1945, caracterizada por el recrudecimiento de las luchas nacionales y sociales, era pensada por Ramos como un proceso homogéneo y casi sin matices. Tal interpretación lo conducía, por ejemplo, a emparentar las revoluciones nacionales de Latinoamérica con las del Medio Oriente sin atender a las particularidades y diferencias existentes entre las dos regiones en términos de historia, cultura, sectores sociales y actores políticos. En ese sentido, sostenía además la interdependencia de ambas “revoluciones nacionales”, entendida como la condición *sine qua non* para su triunfo final en la fase superior del capitalismo. Partiendo de la caracterización de ambas regiones como zonas “balcanizadas”<sup>36</sup> por la acción de las políticas “imperialistas”, insistía en lo inconcluso de sus respectivas unidades nacionales. Estas se consolidarían con el triunfo de las revoluciones, no al nivel de cada uno de los países que las componen, sino del marco regional. Por otra parte, se refería también al carácter estratégico de las políticas de nacionalizaciones y de reforma agraria al interior de dichos procesos. En ese sentido, sostenía que:

El imperialismo podrá tolerar indudablemente las nacionalizaciones de petróleo, o estaño, pero no estará dispuesto a admitir que las provincias árabes, o latinoamericanas, se integren en una gran nación. Este acto de incalculable trascendencia histórica para el destino de los pueblos divididos, quebrantaría el control económico y político del imperialismo, que mantiene su ‘standard’ de vida en la metrópoli precisamente por la balcanización de América Latina o de Medio Oriente. De los acontecimientos de Marruecos, Irán o Egipto podría

<sup>36</sup> Ramos reintroducía aquí la idea de “balcanización” que ya había utilizado en su libro de 1949, ahora aplicada al análisis de la situación del Medio Oriente.

deducirse la lección de que la revolución nacional no podrá triunfar sino en escala realmente nacional. La política de nacionalizaciones de materias primas no será válida sin la reforma agraria. La reforma agraria no liberará al Estado que la realice sin una estrecha vinculación con los Estados hermanos limítrofes y sólo en esa escala la revolución será nacional y alcanzará su cima. De Bolivia y América Latina podría decirse lo mismo que de Medio Oriente, pues la ley que preside la crisis mundial del imperialismo actúa con la misma potencia en El Cairo que en La Paz. Esta interdependencia de las revoluciones nacionales será en último análisis la garantía de su triunfo<sup>37</sup>.

En su análisis seguía al último Trotsky, aquel que había escrito sobre Latinoamérica planteando la consigna estratégica central para el triunfo de su revolución: “Los Estados Unidos Socialistas de Centro y Sudamérica”<sup>38</sup>. En esa línea y retomando lo ya expresado en trabajos anteriores, otorgaba un lugar importante a las nacionalizaciones y a la reforma agraria en el marco de esos procesos, supeditándolas al objetivo de la unidad nacional regional en tanto medios para el alcance de dicho fin. Ahora bien, en sus artículos de *Democracia*, se distanciaba políticamente en un punto de lo sostenido oportunamente tanto en *Octubre* como en *América Latina: Un país* respecto a estos temas, puesto que omitía definirse con relación a la cuestión de si el Estado debía o no pagar indemnizaciones a los antiguos propietarios<sup>39</sup>. Anteriormente, este se había pronunciado en ambos trabajos de manera tajante respecto a las nacionalizaciones emprendidas por el peronismo<sup>40</sup>. Al respecto había seguido tanto a Trotsky como a la IV Internacional quienes se habían expresado claramente en su programa rechazando la consigna de “nacionalización” –por considerarla demasiado vaga y reformista– y las indemnizaciones, pero a la vez apoyado la política de expropiaciones de Lázaro Cárdenas –que las pagó– frente al capital

<sup>37</sup> VICTOR ALMAGRO, “Las Revoluciones Nacionales deben triunfar por su interdependencia”, en: *Democracia*, 18 de setiembre de 1953, p. 1.

<sup>38</sup> LEON TROTSKY, *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 123.

<sup>39</sup> Como ejemplo, véanse de VICTOR ALMAGRO, “Cárdenas luchó contra la oligarquía mexicana y el imperialismo foráneo”, en: *Democracia*, 09 de mayo de 1954; “En Suez escribió la revolución egipcia una página triunfal”, en: *Democracia*, 29 de julio de 1954; p. 1.

<sup>40</sup> “Apoyar la nacionalización de los ferrocarriles es propio de la política marxista, pero obviamente no lo es sostener, por ejemplo, la indemnización con que el gobierno burgués satisface a los accionistas británicos [...] Como dijimos en ‘Octubre’, la indemnización debía ser rechazada [...] Pero con indemnización o sin ella, el carácter burgués y progresivo de la medida no podía ser desconocido”. Véase RAMOS, *América Latina*, cit., pp. 181, 195.

británico<sup>41</sup>. Para ellos, se debían apoyar las expropiaciones al “imperialismo” llevadas adelante por los Estados de los países coloniales y “semicoloniales”, pero conservando la libertad de acción y de crítica frente a estos, lo cual implicaba, en lo concreto, la obligación de rechazar públicamente las indemnizaciones y la prohibición de ingresar a los movimientos nacionales<sup>42</sup>.

Condenar el pago de indemnizaciones, seguramente, lo hubiese conducido a un enfrentamiento con la dirección de *Democracia* y con el peronismo, puesto que esa era la línea oficial del gobierno, con lo cual Ramos se veía obligado a limitarse al apoyo de las nacionalizaciones sin mencionar de modo alguno el tema de los pagos. Tal posición lo colocaba más cerca del nacionalismo antiimperialista de izquierda que del marxismo revolucionario.

### 3.3 El problema de la cultura

En su interpretación de las “revoluciones nacionales” Ramos otorgó, paulatinamente, cada vez más importancia a la problemática de la cultura, sobre todo a partir del año 1953, momento en que se detectan cambios relevantes en lo que concierne al lugar de esta y los intelectuales en su mirada de los procesos histórico-sociales. Comprometido intensamente con la actividad militante y con las urgencias diarias del quehacer político, hasta ese momento no se había dedicado a trabajar específicamente en ese terreno. Mientras que en *Octubre* prácticamente no se refería al tema, en *América Latina: Un país* lo hacía solo de manera tangencial, denunciando políticamente a los intelectuales que no habían sabido comprender al peronismo al momento de su emergencia, en tanto genuina expresión de la cuestión nacional en el país: “La intelectualidad se convirtió sin esfuerzo en una cínica apologista del imperialismo”<sup>43</sup>. El cambio sustancial comenzó a prefigurarse al poco tiempo de su ingreso como colaborador en *Democracia* y coincide temporalmente a la vez con la realización de su acuerdo político con *Frente Obrero*, el cual se expresó a través de su participación en el staff de la editorial *Indoamérica*.

<sup>41</sup> Véanse “La expropiación de ciertos grupos de capitalistas”, en: LEÓN TROTSKY, *El Programa de Transición y la fundación de la IV Internacional*, Buenos Aires, CEIP, 2008, pp. 77-78 y “Las expropiaciones mexicanas del petróleo”, en: LEÓN TROTSKY, *Escritos*, cit., pp. 65-68.

<sup>42</sup> Véase “Discusión sobre América Latina”, en: LEÓN TROTSKY, *ibidem*, p. 125.

<sup>43</sup> RAMOS, *América Latina*, cit., p. 185.

A partir de ese momento, se observa la incorporación de nuevos tópicos en su trabajo intelectual. Esto trajo aparejado ciertas incrustaciones conceptuales importantes en sus interpretaciones, las cuales agregarían a su matriz teórico-política elementos de un marcado sesgo nacionalista. La transformación en cuestión cristalizó tiempo después con la publicación del que resultaría su trabajo definitivo al respecto: *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, en donde se nos aparece un Ramos bastante diferente al anterior. Allí nos encontramos con principios interpretativos más elaborados que dan cuenta de algunos cambios en su concepción de la acción política y de los procesos revolucionarios, los cuales incidirían en sus posteriores interpretaciones tanto de la cuestión nacional latinoamericana como del peronismo<sup>44</sup>.

Como publicista de *Democracia* se ocupaba de denunciar frecuentemente lo que consideraba eran las múltiples formas que revestía la política cultural “imperialista” en la región. Para ello partía de la premisa de que, en las colonias y “semicolonias”, la explotación y el sometimiento económico y político habían sido acompañados de la destrucción sistemática de toda independencia cultural nacional. Dicha devastación, que en los hechos implicaba una “europeización y alineación escandalosas de nuestra cultura”<sup>45</sup>, se había implementado a través de la puesta en práctica de diferentes estrategias, todas estas tendientes a apuntalar y a garantizar la dominación del “imperialismo” en la región. En su esquema de razonamiento los medios de comunicación, en tanto formadores de opinión, ocupaban un lugar importante en ese sentido. En esa línea y a la hora de analizar su relación con las potencias, los caracterizaba tajantemente de la siguiente forma:

El arte de distribuir noticias no está en manos de los Reyes Magos. La opinión pública orienta su interés por los asuntos mundiales de acuerdo con las corrientes informativas organizadas y matizadas por gigantescas corporaciones que ven en la noticia un arma temible de los conflictos de poder. La noticia, así, no es tan solo una mercadería: pertenece al arsenal ideológico de los diversos grupos imperialistas que legislan la suerte de las tres cuartas partes del mundo<sup>46</sup>.

<sup>44</sup> SAMUEL AMARAL, “Peronismo y marxismo: La cuestión nacional en la Argentina (1946-1976)”, Mimeografía, 2005.

<sup>45</sup> JORGE A. RAMOS, *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, Buenos Aires, Indamérica, 1954, p. 12.

<sup>46</sup> VÍCTOR ALMAGRO, “Renovación de las conciencias: Victoria de las Revoluciones Nacionales”, en: *Democracia*, 26 de noviembre de 1953; p. 1.

Al interpretarlos lisa y llanamente como empresas capitalistas, por lo general concentradas y al servicio de intereses “imperialistas”, les negaba toda independencia y credibilidad política. La noticia era meramente mercancía, construida por periodistas pagos —agentes de la dominación imperialista— en función del sometimiento ideológico-cultural. En consecuencia, la tan mentada “libertad de prensa” muy discutida en esos momentos, era simplemente una invención del liberalismo, un *leit motiv* utilizado por las potencias para legitimar su dominación en el mundo colonial y “semicolonial” y a la vez atacar a quienes sostienen o apoyan a las “revoluciones nacionales” y el surgimiento de un pensamiento nacional<sup>47</sup>. Su discurso en torno a esta cuestión resultaba complementario al de Perón, quien defendiendo al régimen frente a las acusaciones de “censura” y “autoritarismo” vertidas por la oposición —tanto interna como externa— se expresaba reiteradamente en sus columnas en un sentido muy similar<sup>48</sup>. Tanto en los artículos de Ramos como en los de Perón nada se decía respecto de las cadenas gubernamentales de noticias que acaparaban los mercados nacionales controlándolos políticamente y difundiendo propaganda en favor de los regímenes a los cuales estaban adscriptos. Al dividir las aguas entre medios “nacionales” y “antinacionales” o entre una prensa al servicio del “imperialismo” y otra a favor de la “hora de los pueblos” o las “revoluciones nacionales”, se planteaba un escenario de polarización que obturaba la posibilidad de distinguir matices o ubicaciones intermedias al interior del campo periodístico. Por otra parte, en el caso particular de Ramos, por su lugar en el diario, se perdía toda posibilidad de crítica o de distancia en torno a la prensa capitalista “nacional” enrolada con el oficialismo.

<sup>47</sup> Véase VÍCTOR ALMAGRO, “La ‘prensa seria’ del imperialismo opera como las fuerzas de ocupación”, en: *Democracia*, 14 de abril de 1954, p. 1. En este ensayo, Ramos atacaba a diarios latinoamericanos de orientación liberal como *El Mercurio* de Chile o *La Prensa* de la Argentina “en la era de los Paz”. Sobre sus interpretaciones en torno a la relación entre la prensa y el imperialismo pueden consultarse además de VÍCTOR ALMAGRO, “Una ideología de pastores de almas al servicio de los monopolios”, en: *Democracia*, 08 de setiembre de 1953, p. 1 y “En materia periodística, el capitalismo clude la difusión de ideas”, en: *Democracia*, 10 de setiembre de 1953, p. 1.

<sup>48</sup> Véase DESCARTES, “La publicidad”, en: *Democracia*, 15 de marzo de 1951, p. 1. Como ejemplo de lo afirmado pueden consultarse además de Descartes, “La opinión pública”, en: *Democracia*, 22 de marzo de 1951, p. 1 y “Política y soberanía”, en: *Democracia*, 23 de marzo de 1951, p. 1. En este último artículo, el autor argumentaba a favor del gobierno producto de la discusión que había desatado la expropiación del diario *La Prensa* perpetrada por este.

Además de los medios, para nuestro autor, los “imperialismos” utilizaban otros elementos a la hora de viabilizar su penetración cultural. Entre ellos las ciencias sociales y humanas y el indigenismo. Veamos cómo se expresaba al momento de analizar el trabajo de una arqueóloga y etnóloga, hija de un renombrado empresario, con una comunidad indígena de Centro América:

Algunas publicaciones arqueológicas de Francia otorgan particular atención a un extraño experimento que se realiza en Costa Rica. Veremos como la arqueología (y tantas otras ciencias “desinteresadas”) se enlazan íntimamente con la política [...] La hija del director de la United Fruit Company intenta, no asimilar a este grupo insignificante de hombres a las ventajas técnicas y culturales de la civilización actual, sino segregarlos como comunidad aparte y cerrada de esta civilización, restaurar al semidestruido dialecto, enseñarlo a los hijos de los aborígenes y disociar así, aunque sea un pequeño grupo, de la vasta nación latinoamericana que ya tiene una lengua viviente y universal, que constituye justamente nuestra mejor defensa para la tarea balcanizadora del imperialismo. Así llegamos de lleno al corazón del problema del indigenismo, y de cómo el indigenismo en América Latina puede ser utilizado por las potencias imperialistas para debilitar la conciencia histórica de la nación latinoamericana<sup>49</sup>.

En su concepción, hacer ciencia implicaba indefectiblemente hacer política. En ese sentido, no le otorgaba a la primera ninguna posibilidad de imparcialidad u objetividad, ya que la pensaba unilateralmente como subordinada a los intereses capitalistas. Su visión al respecto resultaba poco matizada y a la vez conspirativa, del mismo modo que su interpretación del indigenismo<sup>50</sup>. Este era leído en clave meramente instrumental en la medida en que se lo interpretaba como susceptible de ser utilizado por las potencias como herramienta “balcanizadora”<sup>51</sup>. Cabe señalar que nuestro autor tenía una visión bastante similar respecto de los movimientos religiosos. Estos también eran

<sup>49</sup> VICTOR ALMAGRO, “Segregar al indígena, nuevo medio de disociación en Latinoamérica”, en: *Democracia*, 06 de setiembre de 1953, p. 1.

<sup>50</sup> En este punto, llama la atención el hecho de que Ramos no tuviese en cuenta el hecho de que muchos de los movimientos nacionales que defendía (por ejemplo el boliviano) tenían componentes indigenistas.

<sup>51</sup> Véanse, de VICTOR ALMAGRO, “La Hermandad Musulmana interpreta la hostilidad a la revolución egipcia”, en: *Democracia*, 15 de noviembre de 1954, p. 1 y “El enemigo agita la religión para dominar la revolución egipcia”, en: *Democracia*, 28 de diciembre de 1954, p. 1.

interpretados en forma unilateral como instrumentos “balcanizadores” del “imperialismo”. Esa mirada omitía en muchos casos una lectura más profunda y problematizada de los mismos. Tal es el caso de la Hermandad Musulmana nacida en Egipto, la cual era caracterizada en esa línea sin tener en cuenta su fuerte impronta antiimperialista. Esa interpretación se encontraba seguramente influenciada y condicionada por la lógica y la dinámica de la política, ya que durante el devenir del proceso egipcio la Hermandad Musulmana se enfrentaría muchas veces con el régimen de los coroneles, al cual apoyaban Ramos y el peronismo. Por otra parte, su lectura se encontraba ligada a la idea —ya presente en Marx y Engels— de que por un lado existen pueblos destinados a “hacer historia” y, por el otro, pueblos cuyo destino final es desaparecer o ser subsumidos o integrados en otras culturas o naciones. Al referirse a ciertos grupos indígenas con el rótulo de “insignificantes”, dejaba traslucir esta cuestión. En él primaba una interpretación del derecho a la autodeterminación de las naciones anclada en la idea de que para poder constituirse como tal, un colectivo humano debía demostrar ser viable tanto económica como culturalmente. En esa línea y sin definir en forma precisa, desde lo teórico, el significado exacto de “viabilidad”, no les otorgaba a estas comunidades el derecho a mantener sus dialectos, costumbres y tradiciones al margen de las del país que los contenía, como así tampoco la posibilidad de resistirse victoriosamente a ser subsumidos o integrados en la “nación latinoamericana”, la cual, por otra parte, era pensada como un todo compacto y homogéneo sin fisuras a su interior. Esa mirada omitía pensar la diversidad existente al interior del subcontinente en términos de tradiciones, culturas y proyectos políticos. Veamos cómo se manifestaba al respecto en otro de sus artículos:

El propósito del movimiento que anima a la señora Stone es el de mantener las tribus en su pureza racial, con respeto por su idioma, sus costumbres y su religión [...] En una palabra, ayudar a la supervivencia de un pueblo en agonía [...] Los especialistas reconocen que los utensilios, elementos artísticos, tradiciones y otros componentes del folklore costarricense, son muy pobres, reveladores de una civilización que nunca llegó a su apogeo. Sin embargo, los plantadores de bananas de América Central consideran que esos despojos son suficientes para destacar que nuestro continente es un mosaico de nacionalidades, tradiciones selváticas y barbarie mítica, cuyas particularidades es necesario no solamente respetar, sino, como en este caso, restaurar, mantener y exaltar. Una buena

prueba de nuestra pluralidad y de nuestra impotencia para constituir una sola y gran nación<sup>52</sup>.

Al pensar a América Latina como una nación inconclusa, “balcanizada” por la acción de las potencias, en su concepción, el problema del indio sólo podía ser resuelto por una triunfante revolución subcontinental que unificase política y económicamente la región, la cual garantizaría “su incorporación a la nacionalidad latinoamericana otorgándole todos los derechos para la vida civilizada”<sup>53</sup>. La resolución de la cuestión indígena quedaba entonces supeditada a la victoria de una revolución supuestamente en marcha que integraría, aparentemente sin grandes conflictos, la diversidad étnico-cultural de la región a una nación todavía por construir. Por último, Ramos reivindicaba la defensa del idioma castellano considerado como “viviente y universal”, en tanto una de las estrategias de resistencia más efectivas frente a la penetración cultural imperialista. En ese sentido, en otro de sus artículos se expresaba de la siguiente manera:

En Filipinas, en el presente período republicano independiente, el idioma inglés se ha extendido considerablemente en la vida comercial, cultural y urbana, pese a que el castellano continúa siendo formalmente la lengua oficial de la República. Sólo muy recientemente, y con ayuda de las leyes Sotto y Magalona, el gobierno filipino acordó otorgar protección oficial al idioma español, que será enseñado en las escuelas públicas y privadas. Esta medida, provoca las resistencias fáciles de imaginar, pues hiere grandes intereses escudados en la propagación del idioma inglés. Pero nadie ignora en Filipinas y en América Latina que la consolidación de un idioma común, que abrazan más de doscientos millones de almas en este planeta, permite incluir a Filipinas en un formidable orbe cultural y también, quizás, en un gran destino<sup>54</sup>.

<sup>52</sup> VICTOR ALMAGRO, “Enseñan dialectos para hacer olvidar el lenguaje del iberoamericanismo”, en: *Democracia*, 07 de setiembre de 1953, p. 1.

<sup>53</sup> VICTOR ALMAGRO, “El imperialismo estimula toda actividad para balcanizar al continente”, en: *Democracia*, 12 de mayo de 1954, p. 1.

<sup>54</sup> VICTOR ALMAGRO, “La protección al idioma español abre para Filipinas un gran destino”, en: *Democracia*, 06 de diciembre de 1954, p. 1. En un ensayo anterior, referido también al caso filipino, se había pronunciado en la misma línea. Véase VICTOR ALMAGRO, “La ruina económica detuvo la expansión del idioma inglés en Filipinas”, en: *Democracia*, 03 de julio de 1953; p. 1.

Su defensa a ultranza del castellano y la importancia estratégica que le otorgaba a este en la construcción y consolidación de la futura gran nación latinoamericana, soslayaba de facto la fuerte presencia de otros idiomas y dialectos hablados por grandes contingentes poblacionales del subcontinente<sup>55</sup>. Tales eran los casos del portugués, idioma oficial del país que cuenta con la mayor cantidad de habitantes en la región, y de lenguas como el guaraní, el quechua, el aymara, etcétera. Al primero lo caracterizaba, minimizando su importancia, como “una variedad dialectal del español”, mientras que a los segundos los definía como: “lenguas indígenas que son más bien dialectos extraordinariamente pobres, ausentes de una literatura, instrumentos primitivos de comunicación entre comunidades”<sup>56</sup>.

En su esquema de razonamiento los intelectuales latinoamericanos ocupaban un lugar central, puesto que resultaban los principales agentes encargados de llevar adelante la defensa del idioma español<sup>57</sup> y su consolidación regional en la perspectiva de construir una literatura y un pensamiento verdaderamente “nacionales”. En *Crisis y resurrección de la literatura argentina* profundizaba en su análisis de la penetración cultural “imperialista” en la región y ponía en discusión el papel de los intelectuales en dicho proceso. En su interpretación de la situación del campo cultural argentino trazaba una línea divisoria de carácter maniqueo entre los intelectuales “nacionales” y los “cipayos”, la cual hacía extensiva al análisis del campo cultural latinoamericano. En esa línea, se refería a la relación de estos últimos con el “imperialismo” de la siguiente forma:

La presencia del imperialismo en dicho galimatías cultural no puede ser discutible, puesto que la vinculación ininterrumpida entre la intelectualidad cipaya y los órganos especializados de Europa y Estados Unidos garantiza la continuidad de un intercambio con saldo desfavorable para el país. Las distintas fundaciones o institutos extranjeros proveen los fondos o la fama internacional necesaria para que los escritores dóciles ingresen al círculo de los elegidos y

<sup>55</sup> Para Ramos, el idioma era “el vínculo humano y comercial esencial de una nación genuina”. Véase VICTOR ALMAGRO, “Las revoluciones nacionales maduran en el marco de las confederaciones”, en: *Democracia*, 21 de julio de 1953, p. 1.

<sup>56</sup> VICTOR ALMAGRO, “La geografía no es ya factor decisivo para el progreso de los pueblos”, en: *Democracia*, 03 de mayo de 1954, p. 1.

<sup>57</sup> El español, era definido por Ramos como “un idioma románico ligado a la cultura occidental y que constituye el principal elemento coagulante de nuestro vasto país inconcluso”. Véase ALMAGRO, *ibidem*.

orienten su obra dentro de los cauces prefijados. Nada genuinamente nacional o, por supuesto, revolucionario habrá de nacer de esta casta políglota<sup>58</sup>.

El carácter subordinado de los intelectuales latinoamericanos en el mundo “imperialista” resultaba para él indiscutible, su lectura no admitía opacidad alguna o lugares intermedios en términos de cómo funcionaban los circuitos de legitimación y reconocimiento dentro del campo cultural. Las potencias controlaban a los intelectuales “dóciles” o “cipayos” a través de instituciones que los proveían de fondos para el ejercicio de su tarea, e incluso simbólicamente mediante el otorgamiento de un lugar de fama. De esto se desprendía una interpretación polarizada con respecto a los roles que jugaban los hombres de ideas en la región. Existían entonces para él solamente dos tipos de intelectuales en el subcontinente: los “colonizados” y los otros. En ese sentido, su crítica teórico-política se consagraba a los más reconocidos del primer campo, una verdadera elite intelectual, a los cuales llamaba despectivamente *intelligentsia*, “santones letrados” o “mandarines”<sup>59</sup>. En este punto, el antiintelectualismo de Ramos, quien se presentaba desde un lugar de enunciación que remitía a la figura de un político revolucionario, resultaba extraño y paradójico, puesto que se trataba de un antiintelectualismo de intelectual<sup>60</sup>. Por otra parte, el libro tenía como destinatario a un público presumiblemente también de intelectuales en formación, “la juventud argentina y latinoamericana”, a quien pretendía sustraer de la influencia cultural “imperialista” llamándola a la construcción de una teoría de lo “nacional” que la combata y la erradique<sup>61</sup>.

El libro contaba con una interpelación juvenilista muy marcada. Los llamados a la toma de conciencia y a la acción política revolucionaria estaban dirigidos, fundamentalmente, a ese sector estructuralmente indefinido de las sociedades latinoamericanas y no a la clase obrera. Con esto, sin abandonar en lo formal el internacionalismo proletario y el clasismo, Ramos se acercaba

<sup>58</sup> RAMOS, *Crisis y resurrección*, cit., pp. 80 y 81.

<sup>59</sup> RAMOS, *ibidem*, pp. 9, 12, 28. Resulta paradójico el hecho de que para referirse despectivamente a los intelectuales latinoamericanos debido a su supuesto carácter “antinacional” y “colonizado” Ramos utilizase términos europeos como “*intelligentsia*” y “mandarines”.

<sup>60</sup> Esa actitud, que puede ser rastreada en el leninismo, pero también en la tradición del ensayismo latinoamericano de los años '20, entraba en tensión con su admiración por la literatura europea del siglo XIX.

<sup>61</sup> RAMOS, *Ibidem*, p. 81. Sobre el lugar de la juventud en la construcción aprista véase VICTOR HAYA DE LA TORRE, “El aprismo es una doctrina completa y un método de acción realista”, en: *Ideario y acción aprista*, Buenos Aires, Claridad, 1930, p. 34.

a posiciones más ligadas a las del aprismo, en donde la “joven generación de trabajadores manuales e intelectuales de Latinoamérica” ocupaba un lugar central en la construcción de una alianza antiimperialista con vocación continentalista no necesariamente dirigida por la clase obrera. Por último, cabe señalar que la editorial *Indoamérica* editaba una colección titulada “Biblioteca de la nueva generación” en donde estaban incluidos los textos de Haya De La Torre y los Documentos del APRA anteriormente mencionados.

Ahora bien, la construcción de una teoría de lo “nacional”, solo podía cumplirse a partir del triunfo de la “revolución nacional latinoamericana”: “La realización de la unidad política latinoamericana será el corolario natural de nuestra época y el nuevo punto de partida para un desarrollo triunfal de la cultura americana, nutrida en su suelo y, por eso mismo, universal”<sup>62</sup>. En ese sentido, alertaba a los intelectuales de su país de que ese proceso estaba en marcha y, a la vez, los convocaba implícitamente a sumarse: “Para los escritores argentinos ha sonado la hora de enterarse que una revolución recorre el continente y que Europa ya nos ha dado cuanto podía esperarse de ella. La madurez espiritual e histórica de América Latina exige una segunda emancipación”<sup>63</sup>. Esa “revolución nacional” modificaría las condiciones de existencia de la región y necesariamente tendería a renovar la esfera de su conciencia, operación crítica que constituía uno de los prerequisites de su expansión y su victoria. A su vez, la renovación de la conciencia acarrearía, por último, la aparición de una cultura autónoma: “La primera y más radical manifestación de la aparición de una cultura propia es la afirmación de una conciencia nacional. Una teoría de lo nacional latinoamericano expresa ya la fundamentación de una cultura con rasgos autónomos”<sup>64</sup>.

En su interpretación de la cultura, Ramos incluía algunos conceptos que poco tenían que ver con la tradición marxista. Partiendo de la premisa de que en los países subordinados los problemas que hacen a esa dimensión todavía no habían sido estudiados satisfactoriamente<sup>65</sup>, avanzaba en una renovación de su herramental conceptual. Ese camino lo condujo a un lugar intelectual en donde se encontró a veces más cerca de los ensayistas antiimperialistas latinoamericanos de la década de 1920 que del trotskismo “ortodoxo”.

<sup>62</sup> RAMOS, *Crisis y resurrección*, cit., p. 82.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>64</sup> *Ibidem*, p. 81.

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 10.

En su trabajo, tomaba de Trotsky, citándolo como fuente de autoridad, su crítica al realismo socialista, pero se alejaba de él en lo que respecta a lo entendido por “cultura”. En la matriz intelectual de Ramos, lo cultural era remitido casi mecánicamente a lo “nacional”, entendido como una especie de esencia o sustrato común y no como una construcción social. En ese sentido, pretendía encausar la promoción de una idea de cultura homogénea establecida a partir de un espíritu vernáculo identificado como lo genuino o lo “verdadero”<sup>66</sup>. Veamos:

El fundamento primero de toda cultura, en el sentido moderno de la palabra y no por cierto en el dominio tecnológico, es una afirmación de la personalidad nacional, que tiende a propagarse en su primera fase en el ámbito de una ideología propia y que puede o no contener implicaciones estéticas inmediatas<sup>67</sup>.

Como se observa su definición de “cultura”, palabra que a lo largo de toda la obra era indistintamente utilizada como sinónimo de “espíritu”, se encontraba más ligada en lo teórico a una visión esencialista que materialista y, en lo político al nacionalismo que al marxismo clásico. Como planteamos oportunamente, a partir de mediados de 1953, tanto la cultura como los intelectuales comenzaban a ocupar un lugar estratégico en el pensamiento de Ramos en términos de lo que se refiere a los procesos políticos, aún quizás de mayor relevancia que la propia lucha reivindicativa de los sectores populares: “Pero ninguna revolución genuina consolidará su triunfo si no transforma su hegemonía política, transitoria por naturaleza, en hegemonía espiritual”<sup>68</sup>. Además de obtener el poder, la revolución triunfante debía construir “hegemonía”, y en esa batalla cultural los intelectuales tenían asignado un rol protagónico. Así como al proletariado le correspondía llevar adelante la “revolución nacional”, a sus intérpretes les correspondía realizar la crítica de la vieja cultura y la forja de una nueva:

<sup>66</sup> En su interpretación estaba presente la idea de que los pueblos latinoamericanos compartían la experiencia de una hibridación cultural entre las tradiciones legadas por España y las particularidades nacionales autóctonas. Dicha hibridación, habría sido la constituyente de una cultura genuina del subcontinente.

<sup>67</sup> RAMOS, *Crisis y resurrección*, cit., p. 10.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 82.

La revolución popular argentina será inevitablemente derrotada si no consigue superar el primitivismo de sus fórmulas originarias y batir en su propio campo a la ideología de la oligarquía imperialista. Esta victoria intelectual de la revolución contribuirá poderosamente no solo a transformar en resurrección la crisis literaria argentina, sino a entregar a la clase trabajadora la herencia política y espiritual que la historia le señala<sup>69</sup>.

Aquí se nos presenta un autor con una cierta impronta gramsciana<sup>70</sup>, un Ramos diferente al anterior, más influenciado por la concepción leninista-trotskista de los procesos revolucionarios. En esos momentos, las preocupaciones teórico-políticas de Ramos no resultan para nada diferentes de las del Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel*: la creación de un nuevo Estado, la hegemonía en este de la clase obrera, la función de los intelectuales en esa nueva sociedad y la creación de una cultura integral que correspondiese a su estructura. Si bien nos resulta, por obvias razones, imposible demostrar que lo leía, pensamos que ya para ese entonces había tenido contacto con la obra del intelectual italiano. Tal vez porque su visión de la cultura es por momentos esquemática, esta planteaba la lucha directa contra las relaciones de propiedad que viabilizan la explotación económica, e impugnaba al estado burgués desde una visión unilateral que lo percibía como un orden fundamentalmente "político-militar". El Estado comprendía, para quienes adscribían a esa tradición, lo ideológico, pero en su análisis se lo reducía meramente a "propaganda manipulatoria". Su visión de la lucha ideológico-cultural resultaba entonces utilitaria y militante, y restringida a la lucha política en las regiones de la superestructura. Al adoptar nuevas herramientas conceptuales, nuestro autor se acercaba sin abandonar del todo la tradición de la cual se reivindicaba tributario, a una interpretación diferente de los procesos revolucionarios. La revolución dejaba de ser meramente un asalto al poder o un vuelco repentino de una determinada situación, para transformarse en un proceso de construcción social prolonga-

<sup>69</sup> *Ibidem*.

<sup>70</sup> En su análisis de la difusión y apropiación de la obra de Gramsci en América Latina, José Aricó sostiene que la primera publicación en la Argentina de escritos suyos se dio en el año 1950. Por otra parte, señala que ya hacia 1947, Ernesto Sábato (a quien nuestro autor conocía personalmente desde su joven militancia en grupos anarquistas) había publicado en *Realidad* una nota sobre la edición italiana de las Cartas de la cárcel, que acababan de obtener el máximo premio literario de la época, el de Viareggio. Atento como era a todo lo que tuviese que ver con la evolución de las grandes corrientes culturales del mundo, no resulta extraño que Ramos las conociera. Véase José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, pp. 47-48.

do, surcado por múltiples mediaciones y atravesado por avances, retrocesos y “desvíos”, en donde la construcción de hegemonía resultaba fundamental. Al colocar la lucha revolucionaria también en el plano de la cultura y al otorgarle a esta dimensión un lugar privilegiado, no sólo en el análisis, sino también en la práctica política, comenzaba a dejar de lado los esquemas del tipo estrechamente “jacobinos” para acercarse a otros menos “ortodoxos”. Plantear una batalla cultural contra la ideología “imperialista” y sus agentes intelectuales “cipayos”, que involucrara a la vez la construcción de una teoría de lo “nacional” latinoamericano, implicaba por lo menos preguntarse por la “guerra de posiciones” en tanto camino útil de avance sobre el poder constituido. Con la formulación intelectual y política de preguntas de ese tipo y con su consecuente intento de responderlas incorporando a su matriz intelectual un nuevo instrumental conceptual, Ramos se iba separando cada vez más de su tradición original y contribuyendo a la construcción de una nueva.

#### 4. CONCLUSIONES

Dentro de una tradición teórica indiscutiblemente magra como la acumulada por el marxismo latinoamericano, las interpretaciones de Jorge Abelardo Ramos en el período que nos ocupa representan una fuente de eventuales aportes, pero especialmente de reflexiones difícilmente descartables para quienes se propongan pensar la realidad del subcontinente. En ese sentido, no puede soslayarse que el carácter exiguo de la tradición que las contiene tuvo que ver, entre otras cosas, con una serie de obstáculos y problemas no sólo epistemológicos –los cuales pesaban inevitablemente sobre sus posibilidades creativas. De allí que la comprensión del pensamiento del Ramos publicista de *Democracia* en torno al problema de la nación no pueda prescindir de un conjunto de circunstancias teóricas, políticas e institucionales que operaron como condicionantes de su producción intelectual. Al respecto, merecen destacarse, por un lado, su adscripción a una tradición teórica débil en términos de su atención a las particularidades del subcontinente y, por el otro, la importante presencia política de los movimientos nacionales latinoamericanos a partir de los cuales la clase obrera de los distintos países de la región tendía, mayoritariamente, a expresarse. Ambas cuestiones obligaban a los marxistas latinoamericanos de la época no solo a reflexionar críticamente sobre su realidad particular, sino también a innovar en términos de respuestas políticas frente a la misma. Y si desde los escritos de Marx sobre Bolívar hasta los del último Trotsky

sobre Latinoamérica pueden rastrearse los efectos de una tensión teórica y la necesidad de actualizar un corpus para el análisis de una realidad diferente a la europea, en el caso de los intelectuales marxistas que eran interpelados en esos momentos por la nueva situación del subcontinente, esas dificultades se encontraban sobredeterminadas no solo por la frecuente relación de exterioridad entre la teoría marxista y el movimiento obrero de la región, sino también por la irrupción de los regímenes populistas al nivel del mismo.

En aquellos primeros años de la década del cincuenta, la tradición teórica en cuestión resultaba susceptible de ser problematizada por este intelectual orgánico de un partido inexistente que, a la par, redefinía su adscripción y sumaba su contribución al marxismo en el marco del devenir de una transición iniciada tiempo antes en su pensamiento y definida, en lo político, por su postura de “apoyo crítico” al peronismo, entendido como un pilar fundamental de la “revolución nacional latinoamericana”. Contribuían a ello situaciones como la erosión de la influencia en el seno de las izquierdas del hegemónico estalinismo, que brindaba la posibilidad de trabajar intelectual y políticamente sobre los sectores que quedaban libres de su impronta; la creciente fragmentación del movimiento trotskista internacional a partir de la muerte de Trotsky, que conducía inexorablemente a los trotskistas —ya sin su maestro— a elaborar creativamente nuevas interpretaciones frente a las nuevas realidades, y la aparición en escena de los movimientos de liberación nacional, que obligaba a los intelectuales marxistas a posicionarse sin ambigüedades frente a los mismos. En ese contexto, los textos de Ramos que hemos analizado fueron concebidos en un clima de producción intelectual en donde resultaba posible desarrollar un cuerpo de hipótesis originales claramente inspiradas en vertientes ajenas a la veneración oficial del “marxismo-leninismo” soviético e incluso del trotskismo “ortodoxo”, agrupado en una IV Internacional extremadamente débil y poco influyente. No obstante ello, esas mismas hipótesis resultaron en su momento condenadas por el amplio abanico de la izquierda tradicional argentina que las calificó de “oportunistas”, uno de los peores estigmas con que contaba el arsenal demonizador de socialistas, comunistas y cuartointernacionalistas. Como observamos, no faltaban estímulos ni un escenario problemático adecuado para el análisis del problema de la Nación en la época y en el país en que nuestro autor llevaba, paulatinamente, a cabo su ajuste de cuentas con la tradición de la cual se reivindicaba tributario. En ese sentido, su producción teórico-política se desplegó desde un suelo marxista, cuyos lineamientos esenciales hemos intentado recomponer, para a partir de la puesta en tensión

de dicho corpus, ir incorporando, luego, elementos del nacionalismo antiimperialista de corte latinoamericanista a su matriz de pensamiento.

En el presente estudio hemos reconstruido un momento del trayecto teórico-político de Ramos a través del análisis de sus artículos periodísticos publicados en *Democracia*, los cuales a la vez dan cuenta de la transición operada en su pensamiento a partir del advenimiento del peronismo. Se han presentado una serie de elementos a los efectos de mostrar los cambios acaecidos en sus interpretaciones en torno a América Latina y su problema nacional en el marco de dicha transición, relacionándolos con la lógica de la política. Se ha demostrado que en ese período Ramos no contaba en su matriz intelectual con una acabada teoría de la nación, sino más bien con aproximaciones interpretativas al respecto, las cuales aparecen muchas veces en sus textos bajo la forma de una tensión teórica. Las mismas obedecen al hecho de que en la medida en que Ramos interpreta al peronismo piensa el problema de la Nación. En ese sentido sus zigzagueos y desplazamientos teórico-políticos, como así también las resignificaciones, omisiones o incrustaciones en su matriz de análisis, deben ser leídos en clave de las tensiones y los vaivenes que generaba la lucha política coyuntural, puesto que si pretendiésemos buscar en él una linealidad pura y exclusivamente conceptual, estos se nos presentarían como inexplicables. De esta manera, la paulatina imbricación de marxismo y nacionalismo en un mismo pensamiento lo condujo al abandono de la tradición en la cual se había formado como marxista y a la articulación, junto a otros autores, de una nueva: la de la posteriormente llamada Izquierda Nacional.

Su discurso de 1951-1955 adelantaría y simultáneamente contribuiría a formar la orientación que tomarían *a posteriori* gran parte de las culturas políticas de las izquierdas en Argentina: ruptura con el legado ideológico del liberalismo —componente central de lo que se consideraba la “tradición progresista” hasta los años cincuenta—, y búsqueda de una fusión entre socialismo y nacionalismo a partir del antiimperialismo latinoamericanista, entendido como punto de encuentro entre ambas ideologías.